

A VERACRUZ

¡Veracruz! Para cantar
 Tus glorias, pulsar deseo
 La lira del gran Tirteo,
 No la lira del hogar.
 Atalaya junto al mar,
 A quien como amante abrazas,
 Cuantos duelos y amenazas
 Atacan los patrios bienes,
 Antes que nadie sostienes
 Y antes que nadie rechazas.

Están de recuerdos llenas,
 Recuerdos de cien batallas,
 Tus batidas murallas
 Y tus erguidas almenas.
 ¡Cuántas páginas serenas
 Ocupas en nuestra historia!
 Que al par que heroica memoria
 Guardan tus montes, tus valles,
 Cada piedra de tus calles
 Tiene un bautismo de gloria.

Caluarte de dignidad,
 De arrojo, de patriotismo,

De abnegación, de heroísmo,
 De gloria y de libertad:
 Formó tu virilidad
 La reforma benéfica;
 Fuiste la cuna, la aurora
 De ese cielo en cuyas huellas
 Son inmortales estrellas
 Llave y Gutiérrez Zamora.

Orgullosa de tu grey,
 Nadie brilla junto a tí
 Dista, nuevo Siná,
 Las tablas de nuestra ley;
 Es tu pueblo el pueblo rey,
 Que fiero en el batallar,
 Para sufrir y gozar
 Tiene en su entusiasta anelo,
 Por único manto el cielo,
 Por único amigo el mar.

En la primera invasión
 A que Francia se atreviera,
 Salvaste con la bandera
 El nombre de la nación,
 Es la lealtad tu blasón,
 Tu fe la fraternidad,
 Tu divisa la igualdad,
 Y en frente del porvenir,
 Veracruz quiere decir
 Puerta de la Libertad.

Acoge, pues, al viajero
 Que en tí pone entusiasmo,
 Un corazón desgarrado
 Pero para tí sincero.
 Pueblo altivo y caballero,
 N da mis palabras con,

Es pobre mi inspiración;
 La tuya al cielo se eleva
 Con Carpio, con José Esteva,
 Con Zayas y Díaz M rón.

Es mi paso junto á tí
 Rauda como el pensamiento;
 Mas quisiera que mi asiento
 Eterno vibrara aquí.
 No busques, pensando en mí
 Al poeta, busca al hombre,
 Que yo vivo, no te asombre,
 Para ensalzar tu memoria,
 Para celebrar tu gloria,
 Para vendecir tu nombre.

De más glorias al través
 Yérguete noble y bravia,
 Junto á este golfo á que un día
 Trajo sus naves Cortés.
 El mar ofece á tus piés
 Ancho foso de tu hogar:
 Mira en sus ondas brillar
 De tu heroísmo la luz,
 Y sé siempre, Veracruz,
 Indomable como el mar.

A GUADALAJARA

Te soñé desde niño, tierra de flores,
 Mas valia que nunca yo te soñara,
 Pues hoy sin esperanza, sin paz ni amores,
 Nada puedo ofrecerte Guadalajara.

Ya con el alma enferma llegué á buscarte
 Para aliviar mi amarga melancolía,
 Y así cual te soñaba logré encontrarte
 Con cármenes y vegas de Andalucía.

Tienes en tus palacios nuevas Alhambras
 Con Zaidas y Moraimas en sus vergeles,
 Y tus campestres fiestas son cual las zombras
 Que alegraban las cuestas de los Gomeles.

Mirando tus gardenias, tus tulipanes,
 Tus floridos naranjos, tus alhelies,
 Recuerdo aquellos campos de mulmanes,
 Tambas de abacerrejes y de zegríes.

Mirando á tus mujeres des'umbradoras,
 Las de talles esbeltos y labios rojos,
 ¿Quién no sueña en la magia de aquellas moras
 De crenchas abundosas y negros ojos?

Arabe en tus pasiones y en tus festines,
Bajo un diáfano cielo resp'andecient',
Con azalias y lirios de tus jardines
Teje e. amor guirnalda para tu frente.

Búcaro de gardenias, tazón de aromas,
Pe la cual no la guardan indicos mares,
Blancas, dulces y tiernas como pilomas
Son las felices reinas de tus hogares.

El sol brilla en tu cielo más fulgoroso,
Te da con sus celajes clámides bellas,
Y en tí, Guadalupe, todo es hermoso:
Mujeres, flores, aves, nubes y estrellas.

De la noble franqueza cuna y abrigo,
De la virtud austera trono y escudo,
Reina del Occidente, yo le bendigo;
Edén de las hermosas, yo te saludo.

De tu benigno clima como tesoro
No tiene en sus espacios región alguna,
Tardes como tus tardes de nacar y oro,
Noches como tus noches de blanca luna.

Yo que nací en un valle que Dios regala
Con lagos y volcanes que el mundo admira,
Ansioso de mirarte crucé el Chapala
Y al rumor de sus ondas templé mi lira.

Eres cuna de genios: en tí han nacido
Artistas, héroes, bardos, sabios, guerreros,
Y han sobre nuestra historia re-plandecido
Como en tus tiernas noches tantos luceros.

Tazón de tabernas y tulipanes,
Ciudad de los palacios y las huries,

Dime si te formaron los musulmanes,
Si eres de abencerrajes ó de zegrías.

Esas mozas que ocultan en los chapines
Pie: que á Fidiás y á Venus bellos recrean,
Son las flores con almas de tus jardines,
Gardenias que suspiran y pestañean.

Son embeleso, gloria, blasón y orgullo
De tu suelo en que hoy vibra la lira mía;
El canto de tus hijas es el arrullo.
Del aura entre las vegas de Andalucía.

Tierra de los ensueños y de las flores,
Per a cual las esconden indicos mares,
Dios que puso en tus selvas los ruisenores
Mandó sus bendiciones á tus hogares.

Para poder cantarte me falta acento,
Para admirar tu hechizo me falta calma:
Llevo triste y de luto mi pensamiento,
Y el invierno y la muerte dentro del alma.

Cuando en tus caras noches sueñes dicha esa,
Cuando con arrebo'es te adorne el día,
La brisa de tus campos dirá medrosa
Lo que decir no puede la lira mía.

Siempre para ensalzarte seré el primero,
Siempre mi pensamiento vendrá á buscarte;
Y en medio de mis penas tanto te quiero,
Que en medio de mis penas no he de olvidarte.

Ya brilla del Progreso la nueva aurora,
Yo sé que al alejarme de tus linderos
Pronto vendrá la rauda locomotora
Trayendo á que te admiren nuevos vijeros.

Que á todos les cautive, que les esombre
 Como á mí tu belleza, de dichas n'do,
 Y que cual yo en el alma guarden tu nombre,
 Que borraré la muerte, nunca el olvido.

Guadalajara, Febrero 9 de 1888.

A JALAPA

Jalapa! nido de amores,
 Fué mi más dulce ilusión
 Curar mirando tus flores,
 Los más secretos dolores
 Que llenan mi corazón.

Entre pintorescas lomas
 Surges gallarda y gentil,
 Como un nido de palomas
 Que incesan con sus aromas
 Las tuberosas de Abril.

La azucena te perfuma,
 Te matiza el arbol;
 Venus nació de la espuma,
 Y tú de la ténne bruma
 Que celoso ahuyenta el sol.

Te colma el cielo de bienes,
 Y tu esclavo el amor es:
 ¿Quién no ha de amarte, si tienes
 Rojos mirtos en tus sienes,
 Blancos lirios á tus piés?

Dejas en el alma huellas
Que nada logra borrar,
Y tienes mujeres bellas
Como el cielo tiene estrellas
Y tiene arenas el mar.

Si bardos de alto destino
Tu belleza singular
Cantan con plectro divino,
¿Qué dirá quien sólo vino
A tu recinto á soñar?

¿Qué hará al mirar tus jardines
Quien de tanta dicha en pos
Admira ya en tus confines
Los alados serafines
Que en tu seno puso Dios?

Sentir y aspirar la brisa
Que refresca tus cabañas,
Ser feliz cuando divisa
Tu ciudad, que es la sonrisa
Del ángel de las montañas.

Olvidar su duelo impío
En tu seno escantador,
Donde el monte, el llano, el río,
El bosque y el caserío
Brindan paz dicha y amor.

Son como encajes sutiles
Tus nieblas de blanco tul,
Todas tus huertas pensiles,
Todos tus meses Abriles,
Todo tu horizonte azul!

Hasta esa niebla ligera
Encanta mi corazón,

Pues pareces la hechicera
Novia de la primavera
Envuelta en albo crespón.

Tus blancos muros, tus rejas,
Reflejando vida y luz,
Tus techos de nardas tejas
Y tus quebradas callejas
Cual las del suelo andaluz,

Forman las gracias más bellas
Con que al que te mira engrías,
Y entre las flores descuellas
No sé si escondiendo en ellas
Mujeres ó colibríes.

Deja, ciudad encantada,
Que de ti me acerque en pos
De una esperanza soñada;
Quiero darte una mirada,
Soñar y decirte adios.

No será el adiós postrero
Del que nunca ha de volver
A tu jardín hechicero;
Aun no te dejo, y ya quiero
Soñar en volverte á ver.

No soy trovador, Si fuera,
Dulces cantos te daría,
Ma: te dejo el alma entera,
Jalapa, tierra hechicera!
Jardín de la patria mía!

Jalapa, Enero 19 de 1898.

CAPITULO ALFONSO

EN JALAPA

A MI INTELIGENTE AMIGA ISABEL RIVADENEIRA.

En este vergel risueño,
 Donde es tan pródiga en dones
 Naturaleza, que viste
 Todos sus campos de flores,
 En este edén encantado,
 Donde son las ilusiones
 Hermanas de las gardenias
 Que dan al céfiro amores;
 ¡Cómo transcurre la vida
 Y van las horas veloces
 Curado las hondas penas
 De los tristes corazones;
 ¡Cómo se olvidan los duelos
 Y surgen encantadores
 Ensueños de nácar y oro
 Que al viejo tornan en joven
 ¡Quién pudiera con la lira
 Que á Apolo presta sus sonos,
 Cantar en dulces endechas
 Este emporio de las flores;
 Cantar de sus lindas hijas
 Las pupilas como soles.

Las mejillas como rosas,
 Sus voces de ruiseñores,
 Y sus talles de palmera,
 Y sus sentimientos nobles.
 ¡A'apa, jirón de cielo,
 Que entre pintorescos montes
 Te recatas hechicera
 De las miradas del hombre;
 Deja que en humildes notas
 Que han de apagarse veloces,
 Te diga en toscos acentos
 Cuanto de mi pecho brote;
 Deja que te dé en mis versos
 Desaliñados y pobres,
 Lo que el corazón me dicta
 Olvidando sus dolores;
 Deja que espire los auras
 De tus aromados borques
 Y que pida en tus hogares
 Consuelo á mis aflicciones;
 Déia que te diga todo
 Lo que en mi pecho se esconde
 Y resuciten tus brisas
 La flor de mis ilusiones.
 Soy el viajero cansado
 Que los desiertos recorre
 Y que no encuentra una tienda
 En los negros horizontes,
 Pero que tú me la ofreces
 Revestida por tus flores
 Y velada en todo tiempo
 Por el manto de tus noches
 Que están cuajadas de estrellas
 Que deslumbran como soles,
 Y por tus limpias auroras
 Que rompen el áureo broche
 Al ver como las saludan

Los mirlos y los zenzontles,
 Doblo en tierra la rodilla,
 Y así como el sacerdote
 Se inclina cuando levanta
 El místico pan de amores,
 Inclino la frente mustia
 Que no hay quien doblarla logre,
 Y así mi pasión te expreso
 En estos tristes acordes:

Tierra de amor y de fe,
 De ternura y de cariño,
 Que allá en mis horas de niño
 Como ilusión te soñé,

Deja que te diga aquí,
 Al son de mi humilde lira
 Cuánto tu afecto me inspira
 Y cuánto siento por ti.

Eres un nido de amores,
 Do se querellan sin penas
 La brisa y las azucenas,
 El lirio y los ruiseñores;

Donde al pálido arrebol
 Que en tus horizontes arde,
 Se enamoran por la tarde
 La luciérnaga y el sol;

Donde el dulce desvarío,
 El aire de tus montañas
 Canta amor entre las cañas
 Que bordan el manso río,

Donde fligen blandos lules
 Con que tus cañadas pueblas,

Un manto de blancas nieblas.
 Entre horizontes azules;

Donde ante el nitido espacio
 De tu eterna primavera,
 Es junto á cada palmera
 Cada cabaña un palacio;

Donde corteja el rocío
 A los mirtos encarnados,
 Bajo los rojos tejados
 De tu hermoso caserío,

Y entre los verdes ramajes
 Y los juncos tembladores.
 Es toda la tierra flores
 Y lodo el cielo celajes.

Donde, entre la viva luz
 Que vierte en el monte el cielo
 Se alza, brindando consuelo,
 Sobre la ermita la cruz.

¿Qué puedo entre tus jardines
 A tu belleza cantar,
 Si te he venido á encontrar
 Poblada de Serafines?

Verjel hermoso, ¿qué quieres
 Que te diga en pobre acento,
 Si tienes un firmamento
 Cuyos astros son mujeres?

Su candor disipa enojos,
 Su pureza vence agravlos.
 No hay lábios como sus labios,
 Ni hay ojos como sus ojos;

Su franqueza peregrina
La vida en el alma acrece,
Y su sonrisa enloquece,
Y su mirada fascina;

Tiene su faz expresión,
Su cerebro pensamiento;
Hay en su alma sentimiento
Y amor en su corazón.

Nunca mienta sus sonrisas,
Nunca engañan sus amores,
Son tiernas como tus flores,
Y puras como tus brisas.

Quien las visita en su hogar
Les da cariño profundo,
Y después recorre el mundo
Sin poderlas olvidar.

Jalapa, eterno pensil,
Nido de blancas palomas,
Todo rosas, todo aromas,
Que vela un eterno abril.

¿Qué te daré a mi partida?
Tu franca hospitalidad
Me dió la felicidad
Que yo soñaba en la vida.

Mañana ¡triste de mí!
Estarán, aún olvidarte,
Mi cuerpo en cualquiera parte
Y mi pensamiento en tí.

Jalapa, Enero 26 de 1889.

COATEPEC

A MI FRATERNAL AMIGO MANUEL LEVI

Velado entre un cortejo
De brisas y de aromas,
Que de las nieblas rompen
El trasparente túl,
Los mirlos lo despiertan,
Lo errullan las palomas,
Sobre una alfombra verde,
Bajo un dosel azul.

Colmena de alabastro
Semeja el caserío;
Le forman los tejados
Coronas de rubies,
Y reposado corre
El marmurante río
Entre gardenias, mirtos,
Camelias y ahelies.

Tupidos cafetales
Esconden la cabaña;
Que el sol americano
Incendia con su luz,
Y entre el follaje denso
De fiende la montaña.

CAPITULO ALFONSO

La ermita alzando al cielo
Su solitaria cruz.

El liquidámbar tiende
Sus ramas aromosas
Sobre las verdes cañas
Riqueza del verjel,
Cortéjan los naranjos
Las áureas mariposas,
Mientras las piñas brindan
A los jilgueros miel.

Al soplo de las brisas
El platanar resuena;
Al peso de los frutos
Se dobla el cafetal,
Y al pie del floripondio
Se asoma la azucena,
Cuyo nevado seno
Refresca el manantial.

Cuando la fibia noche
Su clámide desata,
Y el río da á los vientos
Su mágico rumor,
Los azabares fingen
Alfójares de plata,
Que bañan los insectos
Con vívido fulgor.

Es Coatepec un carmen
Oculto en el follaje,
Un sueño de poeta,
La flor de una ilusión;
Del mar de la existencia,
Venciendo al oleaje,
Un puerto en que se encuentra
La paz del corazón.

Sus hijas son morenas,
Afables y sencillas;
Las flores dé su huerto
Su majestad les dan,
Es ébano su pelo,
Son rosas sus mejillas
Y pétalos sus labios
Del rojo tulipán.

Aquí, para las dichas,
Para soñar amores,
Para gozar tranquilo
De paz y de quietud,
La noche tiene estrellas,
El campo tiene flores.
Y la mujer el alma
Radiante de virtud.

Jardín agreste y bello,
¡Con qué placer te miro!
Revive de mi pecho
La amortiguada fe;
Contemp'o tus encantos,
Tu atmósfera respiro;
Adiós, vergel hermoso.
Jamás te olvidaré.

Ausente, veré en sueños
Tus flores, tus esbañas,
Tu panorama hermoso
Que ante mi vista está;
Y en alas de la brisa
Que corre en tus montañas
Mañana á visitarte

Mi corazón vendrá.

Coatepec, Enero 21 de 1889.

CAPITULO I
LA PATRIA

EN LA FERIA DE TLACOTALPAM

A LA SEÑORA DOÑA PETRONILA CHAZARO DE CHAZARO

Está en su punto la feria
De la alegre Tlacotalpam,
Todo es músicas y risas
Y confusión y algazaras.

Por las pintorescas calles
Entre las risueñas casas,
Todas con portales blancos
Y con tejados de grana,
En medio de los fulgores
De las encendidas hachas,
Retozando con el pueblo
Ya pasó la mogiganga.

¡Qué extraños los gigantes
Que se achican y se agrandan
En manos de los chichuelca
Que con orgullo los cargan!

¡Qué revoltosos los toros,
Los elefantes, las garzas,
Que, como si fueran vivos,
Asustando al vulgo pasan!

¡Qué alegre está, qué contenta
La reina del Papaloapam!
Se preparan el embalse
Las corredoras piraguas,
Pintadas con los colores
Del pabellón de la patria;
Coronadas de banderas,
De ga lardetes y flámulas,
Y listas para moverse
Al romper la luz del alba.

La gente que está en el muelle
Dichosa se mueve y canta,
Y en las puertas de la Iglesia
Las mujeres apiñadas,
Pugnan por ver á la hermosa
Virgen de la Candelaria,
Que viste traje muy rico
De seda luciente y blanca
Por mano de las doncellas
Con arte y amor bordada.
Es el altar de la Virgen
Ancho torrente de llamas
Que fingen un firmamento
De inmensas estrellas áureas.

Fuera del templo, y llenando
De rumor la alegre plaza,
El pueblo formando coro
Se entrega libre á la danza.

¿Quién á los bailes de *sones*
No va á dar una mirada,
Donde con lascivas notas
Paebla el aire la guitarra?
Allí no penetra nunca
La tierna, exquisita dama

Que en los tranquilos hogares
 Es reina en virtud y gracia.
 Allí no está la señora
 Orgullo y flor de su casa,
 Encanto y luz de la costa,
 Lujosa y aristocrática.

Llenan el baile de sonos
 Jarochas de rombo y rasgo,
 Que en la sonante tarima
 A vista de todos danzan.

Es la jarocha, morena,
 Con faz por el sol tostada,
 Ojos negros y brillantes
 Como los ojos del águila;

Con un andar muy garboso
 Y una sonrisa muy franca
 Y un talle esbelto y flexible.
 Que se cimbraba cuando marcha.

Tiene los negros cabellos
 Sujetos en trenzas largas,
 Que circundan su cabeza
 Con aire de musulmana;

Ciñe las trenzas oscuras
 La cinta azul ó encarnada,
 Que en ancho y vistoso moño
 Sobre la frente remata;

Por detrás de la cabeza
 Relumbrando se destaca
 Ostentoso cachirulo
 Con rica teja dorada;

Envuelve su airoso cuello
 Rica pañole'a blanca,
 Ligera como la espuma,
 Brillante como la plata;

Rebozo de grandes puntas
 Cobre su mórbida espalda,
 Y con doñaire descende
 Sobre la ligera enagua
 Que adornan anchos o'anes;
 Lustrosas y almidonada.

Al bailar, con qué soltura
 Pone los brazos en jarras,
 En tanto que en terno suyo
 Canta el pueblo las *guarachas*:

«Jarochita de mis ojos,
 ¿Por qué me olvidas ingrata?
 Mirame y dame la muerte,
 Jarochita de mi alma.

«Dejé mi corazoncito
 A la sombra de un palma
 Y una jarochita infame
 Lo mató de una mirada.»

Aplauda el pueblo los cantos,
 Unos gritan, otros bailan,
 Otros arrancan los lozos
 A las dolientes guitarras,
 Y así se pasa la noche,
 Y así llega la mañana,
 Entre risas y suspiros
 Y confusión y algazara,
 Mientras hermoso, imponente,
 Con su manto de esmeralda,

Alegra y fecunda el río
Cocos, cafetos y cañas.

¿Quién sutre terribles duelos?
¿Quién lora penas amargas?
Está en su punto la feria
De la alegre Tlacotélpam.
El nenúfar de las ondas,
De la costa la sultana,
Trono de las mejiposas
Y perla del Papaloápam.

Tlacotélpam, Febrero 4 de 1899

AL PAPALOAPAM

A mi fino amigo señor D. Juan Cházaro Soler.

¡Salve, anchuroso río,
Con muros de esmeralda por riberas!
¡En medio de tus ondas pasajeras
Concibe á Dios el pensamiento mío!

Con eterna ansiedad é igual encanto
Hasta la mar profunda te deslizas,
Y al blando soplo de las auras rizas
Sobre un abismo azul tu regie manto.

No hay en mi numen que tu luz abrasa
Nada digno de tí. Débil aspiro
A cantar tu esplendor. Prosigue, pasa....
¡Al ver tu majestad, callo y te admiro!

¡Qué mano augusta y pródiga en belleza,
Al extenderte sobre el virgen suelo,
Coronó con sus pompas tu grandeza?
¡Nuestra madre inmortal, Naturaleza,
En tus remansos aprisiona el cielo!

¡Qué estrefas no aprendidas te murmura,
Robándote al pasar tus frescas galas,

La brisa que deshace con sus alas
 El niveo encaje de tu linfa pura?
 Estrellas tejen tu inmortal corona
 En las noches del trópico calladas,
 Y las tibias, tranquilas alboradas,
 Oro derraman en tu fértil zona.

Cuanto la tierra esconde
 Hermoso y rico en montes y praderas
 Su gran tesoro de misterios lleno,
 Lo puso en tus riberas
 Y lo fecunda tu anchuroso seno.

Si muere el sol en lecho de escarlata,
 Líquida lumbre entre sus ondas brilla,
 Y en ellas alza la cortante quilla
 Al moverse el bajel, rosas de plata.

La alegre casa rústica escondida
 De tu serena margen en la falda,
 Y la palmera erguida
 Con su inmenso penacho de esmeralda;
 En el diáfano espacio,
 Fúlgida antorecha que á lo lejos arde,
 Lágrima de topacio
 La solitaria estrella de la tarde;
 Bordando las laderas
 Del pescador humilde las cabañas;
 Las espigas en anchas sementeras;
 La agreste soledad en las montañas;
 El resonante coro
 A que tu eterno murmurar responde
 Y en que á los gritos del salvaje loro
 Se mezcla el arpa de oro
 De los jilgueros que la ysgua esconde;
 La toina saltando en tus espumas
 Que el pesado alcatrész roza intranquilo;
 La esbelta garza de nevadas plumas

Bar'ando el asechar del cocodril;
 El huaco centinela entre el follaje,
 La guacamaya de pausado vuelo,
 Y como bardo errante del bosqueaje
 El pardo ruiseñor, eco del cielo:
 Todo forma tu trono y tu palaje,
 Todo matiza y borja tus orillas,
 Y tú grande, magnífico, fecundo,
 En medio de tan regias maravillas
 Bucas por tumba el mar del Nuevo Mundo.

Eres la eternidad que se desliza
 Sobre las obras frágiles humanas,
 Y en ra igual el fuego y la ceniza
 Mientras el soplo de los siglos riza
 Su larga cauda de temblantes canas.

Corre, anchuroso río
 Corre y torna á correr sin detenerte;
 Todos vamos á una fin triste y sombrío:
 ¡Tú vas hacia la mar, yo hacia la muerte!

¡Tú puedes, en tus fértiles riberas,
 Ver nacer y morir año tras año,
 Aves, flores, espigas y palmeras,
 Sin que nunca en invierno sientas frío
 Ni te alienten las dulces primaveras!

Indiferente á todo, raudos lanzas
 A un abismo sin fin tus verdes ondas,
 Y arrastras cual perdidas esperanzas
 Las aves muertas, las marchitas frondas,
 El roble añoso por el rayo herido,
 Los frutos arrancados
 Antes de que estuvieran sazonados,
 Y algún desierto nido,
 Hogar sin fe ni amor, que va al olvido;

Cual tú rápido vas al Océano,
Siempre lleno de luz y en blanda calma,
Vuela á lo inmenso el pensamiento humano
Copiando en su cristal el sol del alma.

Así vuelan las aves de colores
Que en el nidal de la ilusión se crían;
Así se van la dicha y los amores
Que á las volubles ondas todo fian;
Así cual tú, se lanza
A otro abismo sin fondo la esperanza;
Así la hermosa juventud camina
De místicos acentos al arrullo,
Y así todo declina
De la corriente humana en el murmullo.

¡Sólo tú eres eterno!
Ni te abrasas
Con la lumbré del sol, ni en el invierno
Tas ímpetus sostiegas! Siempre pasas
Y el hombre envidia tu pasar eterno!

¡El hombre, el rey que en tus volubles olas
Callando males que su pecho afligen,
No puede nunca, meditando á solas,
Saber su fin ni descubrir su origen!

¿De dó viene? ¿A dó va?
¿Quién ha logrado
Su destino explorar? ¡Negra es la suerte!
Que esconde lo futuro y lo pasado!
¡Tú paras en el mar, él en la muerte!

Deja que mi cansada fantasía
Tu regia pompa y majestad admire;
Deja que el alma mía
Mirándote correr sienta y se inspire.
Eres grande y hermoso,

Cuando entre flores mil soberbio crece,
Y si te encrespa el norte proceloso,
Gigante brazo de la mar pareces.

A la ciudad risueña,
Que como amante tuya se reclina,
P ácida, pintoresca y halagüeña,
En tu clámide azul y cristalina,
Prestas eterno encanto á sus riberas,

A sus jardines das verdor y galas,
Y se mira en tus ondas pasajeras
Cual niveo cisne de brillantes alas.
¡Llévame allí! Sacude la tristeza
Que embarga y mata el pensamiento mío
Y prosigue soberbio de belleza
¡Dios existe! ¡Tú copias su grandeza!
¡Salve, mil veces, anchuroso río!

A bordo del "Tency," Enero 31 de 1889.

EN TLACOTALPAM

A MI AMIGO EL GRAL. JUAN ENRIQUEZ.

No con necias presunciones
Os dirijo la palabra,
Que es desacato con versos
Interrumpir una danza.
Soy como el ave de paso
Que hospeda florida rama
Y el ave entre tantas flores
Se siente feliz y cana:
Seré breve, y dadme oído
Que os voy á hablar con el alma.

Es una ciudad risueña
Alegre y hospitalaria,
La que lleva el justo nombre
De perla de Papaloápam.
Surge entre las verdes ondas
Como una paloma blanca,
Porque es la novia del río
Más hermoso de mi patria.
Centinelas vigilantes
Y opulenta pluma de oro

Sus anchos campos de cañas.
¡Qué limpias son sus auroras
En horizontes de nácar....!
¡Qué crepúsculos tan tibios
En sus tardes sosegadas!
¡Qué música misteriosa
Su dulce paz acompaña
Cuando con manos las brisas
Y los nenúfares arpas....!
¡Cómo matizan los pliegues
De su manto de esmeralda
Las rosas, urnas de aroma,
Los narjos, cetros de plata!

¡Cuánta paz en los hogares,
En los campos y en las auroras!
En el carácter franqueza,
Honradez en la palabra,
Sin engaños en la forma
Ni doblez en la mirada,
Ofrecea sus moradores
La hospitalidad más franca,
Y al que le llaman su amigo
Como su hermano le tratan,
Porque á quien le dan la mano
Con ella le dan el alma.
Es una ciudad muy bella,
La perla de Papaloápam,
La ciudad novia del río
Más hermoso de mi patria.

Feliz y brillante pluma
La que acierte á retratarla,
Describiendo en dulces versos
Cuanto en su recinto guarda;
La dama de sus hogares
Es una perfecta dama,

Bella cual la flor del río
 Que vió deslizar su infancia;
 Es en el andar airosa,
 En el mirar recatada,
 Para sus virtudes, reina;
 Para su deber, esclava;
 Nunca hipócrita ni aleve,
 Y siempre sincera y franca.

¡Oh mujeres de la costa
 Que el indiano sol abrasa!
 ¡Oh flores cuyos encantos
 Las verdes ondas retratan!
 Dejadme que osado os cante
 Con arpa muerta y cansada,
 Como el cardo de la tierra
 Canta á los lirios del agua,
 Poniendo para cantaros
 Mi corazón en el arpa . . . !

Mañana estaré muy lejos
 De vuestra tierra encantada,
 Y al recordar sus hechizos
 Sentiré muy triste el alma.
 Me llevo dulces recuerdos
 Que ni se borran ni pasan,
 ¿Habéis visto cómo surge
 Entre las ondas gal'arda
 Esta ciudad á los ojos
 Del que deja tierra extraña?
 Si fuera pintor, pudiera
 Copiar el panorama:
 Miranse los carretores
 De esbeltas columnas blancas
 Como si fueran de nieve
 O de reluciente plata,
 Recordando con sus arcos.

Sus puertas y sus ventanas
 Los muros y minaretes
 De una ciudad musulmana;
 Y así en sus rojos tejados
 Como en sus callejas largas,
 Se sorprende una sonrisa
 Espontánea alegre y franca,
 Que está diciendo al viajero:
 —Entre todas estas galas,
 Lo que encontrarás, si llegas,
 Es la lealtad en el alma.

¡Y queréis que yo me olvide
 De la alegre Tlacotalpam!
 Su recuerdo mi memoria
 Ya para siempre lo guarda.
 ¡Oh perla de la corona
 Que ciñe el bre mi patria!
 Que siempre las verdes ondas
 Que tu hermosura retratan,
 Te encuentren feliz, risueña,
 Próspera, rica y en calma,
 Y que al hablar de tu suerte
 Las gentes propias y extrañas,
 Digan lo que yo te digo
 Desde el fondo de mi alma:
 Es un edén de ventura
 La perla de Papaloápam.

Tlacotalpam, Febrero 3 de 1889.